Dos dias despues del en que empecé mi narracion, es decir, la noche en que Miguel exhaló su tristeza en tan sentidas coplas, se hallaban en el soportal de la alquería la señora Cecilia, sus dos nietas, y Miguel: éste, sentado junto á Margarita, la miraba melancólicamente: ambos ocupaban dos asientos de madera, cortados del robusto tronco de una vieja encina, inmediatos al frondoso sándalo que simbolizaba la existencia de la jóven.

Extendíase la hermosa planta como un pequeño bosque, fresco, brillante y perfumado: aunque en el largo espacio de diez y seis años, la raiz primitiva ó principal se hubiese secado, habian brotado en derredor tantos retoños, y estos habian dado á su vez vida á tantos hijuelos, que ostentaba una riqueza y una frondosidad maravillosas.

La diestra mano de Benito la habia cuidado, podado y rodeado de tierra selecta con incansable afan: aquel hombre, de carácter rudo, poseia no obstante, el corazon más sensible bajo una áspera corteza: todo lo que tenia relacion con su perdida esposa y con su hija, era para él objeto de un culto apasionado: y ¡cosa extraña en un hombre de su clase! habia consagrado su vida entera á la religion de los recuerdos.

En vano la madre de su esposa le habia aconsejado muchas veces que se casara, allanándole todas las dificultades que pudiera oponer: en vano le habia dicho que ella se encargaría del cuidado de Margarita, y de su dote: siempre que esta conversacion se promovia, contestaba Benito:

-Madre, no se canse Vd.: quien quiere bien una vez, no vuelve á querer más.

Consagróse, pues, aquel hombre honrado y ejemplar al trabajo y á la prosperidad de la hacienda de Cecilia, á quien miraba como á una madre querida: jamás pudo olvidar la generosidad y desinterés con que aquella excelente mujer le habia dado á su hija, tan hermosa, ricamente dotada, y tan codiciada por los jóvenes mejor acomodados de los contornos: á él, pobre jornalero, que no contaba con otra fortuna que su azada, y su hoz de segar: á él, cuyo rostro duro y curtido, hacia tal contraste con la suave y sonrosada cara de Margarita: á él, cuyo carácter rígido jamás habia sabido doblegarse hasta decir una palabra dulce.

Por eso agradecia á Cecilia, como un inmen-

so beneficio, el que le diese á su hija: por eso agradeció á ésta, como un don inestimable, el que le quisiera por esposo.

Habia en el amor que le profesaba algo del mimoso cuidado de una madre robusta, para con una hija delicada y débil: rodeábala de las atenciones más constantes, y jamás en medio de la refinada elegancia del gran mundo, ha habido un esposo más tierno y previsor.

Margarita, por su parte, se pegó á aquel amor como la débil yedra al robusto tronco de un roble: su alma, pura y llena de belleza, supo apreciar en todo su valor la honradez, la sobriedad, la rectitud de Benito, no ménos que su amor fuerte y agradecido á la par.

Mas ¡ay! que aquella blanca y delicada flor no podia morar durante mucho tiempo en este valle de dolores! Diez y siete meses despues de casada, se durmió en los brazos de su marido con ese sueño del que no se despierta jamás: y su postrer suspiro se confundió con los tristes vagidos de su hija, que solo contaba siete meses.

El dolor agrió aún más el carácter de Benito, pero aguzó doblemente su esquisita sensibilidad: desde que habia sentido el amor, le interesaban todas las mujeres como séres débiles é inofensivos: así pues, cuando supo la muerte desgraciada de los padres de Inés y el abandono de esta pobre criatura, Benito fué quien ins-

tó á la señora Cecilia para que se hiciese cargo de su nietecita.

Hacer cómoda y agradable la vida de la anciana y de las dos niñas, trabajar con asiduidad infatigable, y pensar en Margarita, hé aquí las constantes ocupaciones de Benito: su dolor por la muerte de su esposa no se amenguaba: todos los dias, á todas horas sentia, lloraba su falta: mas aquella generosa naturaleza, hallaba consuelo á su honda pena en hacer la felicidad de los séres que le rodeaban.

Puede imaginarse con cuánto disgusto iria descubriendo las inclinaciones de Margarita, su carácter frívolo y vano y su absoluta desmejanza con su buena y santa madre; y no será tampoco necesario que yo me esfuerce mucho en hacer comprender á mis lectores el dolor que embargó el corazon de aquel excelente padre, cuando despues de haber espiado las salidas contínuas y solitarias de su hija, la sorprendió en su cita con el ayuda de cámara, á quien él no obstante, creia hijo mayor del marqués.

El terrado ó soportal que precedia á la huerta, era un ejemplo harto visible del extremo cuidado que aún ponia Benito en complacer á su hija.

Sin embargo, el sándalo de Margarita no aventajaba en belleza á la hermosa mata de yerba-buena que simbolizaba, segun el uso de aquellos contornos, la vida de Inés: los dos ar-

bustos se alzaban frondosos, aromados y fragantes, en medio de aquel hermoso terrado, que semejaba un ramillete de flores.

Ya he dicho que Miguel estaba sentado al lado de Margarita, y que ambos ocupaban dos rústicos asientos, que el hijo del molinero habia colocado inmediatos al hermoso sándalo.

Al lado opuesto, la señora Cecilia é Inés estaban tambien sentadas en dos sillas bajas de pino blanco.

La pobre huérfana tenia la cabeza inclinada sobre el pecho: dos ó tres veces habia querido levantarse y huir de aquel lugar, en el cual su corazon sufria un martirio insoportable, pero una fuerza fatal é invencible la retenia allí.

La anciana, sin dejar de tejer su calceta azul, la miraba con pena: de cuando en cuando le dirigia alguna palabra cariñosa para distraerla: mas Inés, despues de contestar como maquinalmente, caia de nuevo en sus dolorosas reflexiones.

—Margarita, decia Miguel en voz baja y dulce, y como continuando una discusion empezada anteriormente; Margarita, consiento en olvidarlo todo, si me concedes una ramita, por pequeña que sea.

—¿Qué has de olvidar? preguntó con frialdad Margarita, meciendo sus lindos y angostos piés, que á pesar de las órdenes severas de su padre, estaban coquetamente calzados con estambre fino como la seda, y con zapatitos bajos de raso.

—Tu despego, tu frialdad de hace dos meses, contestó Miguel con voz conmovida.

—Es mi genio, dijo Margarita; si no te acomoda, déjame en paz.

—No, no es tu genio, exclamó el jóven exasperado: no es tu genio, Margarita; tú no eras antes así...

É interrumpiéndose en medio de una frase que iba á decir, añadió:

—Vamos, ahorremos disputas: dame una rama de sándalo.

-Bastantes te he dado.

—Cinco, bien lo sé: están en una maceta en la ventana de mi cuarto, y han hecho una hermosa planta: si supieras, añadió el jóven, isi supieras con cuánto amor la cuido!

—¿Qué quieres entonces? preguntó la doncella con acritud, porque acostumbrada al elegante lenguaje de Enrique y de su ayuda de cámara, no podia sufrir la leal y rústica franqueza de Miguel.

—Quiero que me des esta noche otra rama de sándalo, respondió éste.

-¿Y por qué esta noche?

-¿Y tú me lo preguntas? ¿No ves la planta bañada por la luz de la luna?

Es necesario que yo dé ahora una explicacion á mis lectores, sin lo cual quizá no comprenderian el resto de la escena que tuvo lugar entre Miguel y Margarita.

El sándalo es una planta á la cual los labradores de Aragon profesan un afecto y una deferencia singulares.

Ya he dicho que la emplean como símbolo del nacimiento de sus primogénitos: es además emblema de amor: las aldeanas tienen todas en sus casas una mata de sándalo colocada en una humilde maceta de barro encarnado: las jóvenes, al separarse de sus amantes por una ausencia, sea cualquiera la duración que esta haya de tener, cortan una ramita de sándalo y se la entregan; mas, para hacer este donativo, es preciso que la luna bañe la planta con sus rayos.

Muchas veces he visto al despedirse un novio de su prometida, tomar ésta la maceta que adornaba su ventana, bajarla al huerto y exponerla á la tibia luz del astro de la noche; cortar luego la más hermosa rama, y dársela á su amante despues de haberla besado con ternura.

Cuando hay desconfianza ó quejas de parte de un novio hácia su novia, no es necesaria la ausencia para hacer esta peticion; sin que haya de alejarse de ella, le exige la rama de sándalo, cortada á la luz de la luna, la guarda en el pecho; si á las veinticuatro horas las hojas marchitas han tomado un tinte negruzco, la infidelidad es cierta, la esperanza huye de su corazon y se separa para siempre de la mujer á

quien amó: si las hojas, aunque lácias, conservan al cabo de este tiempo su verdor y su grato aroma, el novio se persuade de que se ha engañado, y aunque vigile atentamente á su novia, la esperanza penetra de nuevo en su corazon.

Casos hay tambien en que el amante es tan cándido, y hay tanta pureza y sencillez en su pecho, que el solo testimonio de las hojas le basta para creer en el amor de su amada; y aunque antes haya sido atormentado por crueles dudas, se casa sin tardanza despues de la prueba de la milagrosa rama: pero hay otras ocasiones, y son las más, en que si bien el corazon de los amantes se satisface con la prueba, no sucede lo mismo con su razon, que necesita para ello hechos más convincentes y positivos.

Miguel no pertenecia á esta última clase de pensadores: confiado, sencillo, combatia tenazmente hacia algun tiempo las desgarradoras dudas que se iban introduciendo en su alma, respecto al amor de Margarita; su corazon grande, leal, le decia que la prueba de la rama de sándalo le bastaba y debia tambien bastar á su cabeza, y por eso solicitaba con tanto anhelo aquel don inocente.

En cuanto á la jóven, su trato con el inícuo ayuda de cámara, habia arrancado de su alma todas las suaves creencias, todas las puras ilusiones que podian oponerse al logro de sus in-

fames proyectos: enseñándole en su lenguaje un mundo de lujo, haciéndole vislumbrar bailes, joyas, festines y perfumes, le habia enseñado á desdeñar y casi aborrecer su tranquilo y risueño valle, sus tradiciones, sus costumbres y hasta su propia familia.

Así, pues, la jóven, que ya no daba importancia alguna á esta prueba, la cual habia escarnecido mil veces á sus oidos el hermano de su Enrique, se levantó, se acercó á la hermosa planta, y arrancando una de las ramas que iluminaba de lleno la luna, se la presentó á Miguel con frialdad, diciéndole al mismo tiempo:

-Vamos ¿estás contento?

—; Oh, si! ¡muy contento! exclamó Miguel besando con pasion la aromada ramita y guardándola en su pecho.

—Entonces, déjame en paz, repuso la jóven. —¡Cómo! ¡me despides ya, Margarita! dijo Miguel con tristeza.

-Si... tengo sueño.

Margarita pronunció estas palabra con una especie de irritacion impaciente y amarga, y sin reparar en la presencia desu padre, que habia entrado hacía un instante en el soportal, y se habia sentado cerca de Inés: luego, como viese que Miguel no se movia, añadió con una impaciencia que iba en aumento.

—¡Qué! ¿no te vas? ¿no has conseguido ya con tus importunidades la deseada rama?

—Sí, sí, gracias, Margarita, repuso el jóven levantándose, y queriendo tomar la mano de su novia, que ésta retiró con repugnancia; sí, ese don era lo que más deseaba en el mundo... porque, te lo confieso, dudaba de tu amor... pero ya creo en él, puesto que tú misma me has dado el medio de desvanecer mis dudas.

Margarita se sonrió con frialdad, encogiéndose de hombros, y Miguel dió un paso hácia Cecilia é Inés.

—Buenas noches, dijo con voz aún conmovida: hasta mañana.

—Dios te acompañe, hijo, contestó la anciana con tristeza.

—Adios, Miguel, añadió Inés enjugando una lágrima.

El hijo del molinero salió del terrado, y Benito le siguió.

—Espérame, dentro de una hora, junto al álamo grande, le dijo: tengo que hablarte.

El jóven hizo un signo de conformidad, y se alejó lentamente. Benito volvió á entrar en el soportal, al mismo tiempo que Margarita iba á salir de él. . 3

Benito.

—Siéntate, Margarita, y escúchame, dijo Benito tomando de la mano á su hija, y haciéndola entrar de nuevo en el florido terrado.

Obedeció la doncella: pero su padre sintió temblar la mano que tenia asida con la suya, porque Benito, á pesar del apasionado cariño que profesaba á su hija, habia inspirado siempre á esta un respeto, en el cual entraba tambien una gran parte de temor, á causa, sin duda, del caráter poco elevado de la jóven, y aumentado entonces por el convencimiento de su culpabilidad.

Benito soltó aquella mano temblorosa, y señaló á Margarita el asiento que antes habia ocupado, tomando él el inmediato, que habia servido para el jóven molinero.

Hubo algunos instantes de penoso silencio: el desgraciado padre sentia hervir en su pecho la cólera y el dolor: la señora Cecilia é Inés, que no se habian movido de sus sitios, temblaban instintivamente.